Lorena C. Barco Cebrián

Las voces de mujeres medievales a través de los testamentos y los inventarios: el caso de Leonor Pimentel y Zúñiga, I Duquesa de Plasencia

El olvido de la muerte es la deserción de la vida misma¹

1 Introducción

Desde que en los años 70 del siglo pasado surgieran las primeras voces reclamando un lugar en la historiografía para la mujer, ha sido mucho el camino andado; sin embargo, todavía es largo el que nos queda por recorrer. La mujer como sujeto de la Historia y la Literatura ha sido objeto de numerosos trabajos en las últimas décadas, no obstante, todavía es mucho el mundo silenciado que albergan los archivos españoles con respecto a las mujeres en la Edad Media. Una voz femenina muy escuchada en su época pero que ha pasado casi desapercibida en la historiografía ha sido la de Leonor Pimentel y Zúñiga, la que llegara a convertirse en I duquesa de Plasencia. Se trata de una figura relevante en las postrimerías del Medievo que, sin embargo, ha sido objeto de pocos trabajos hasta el momento. Solo en los últimos años se está viendo corregida esta ausencia en la bibliografía científica. En nuestro trabajo y, en este caso, proponemos analizar la vinculación de Leonor Pimentel con el mundo de la cultura y la escritura. Dando a conocer su mecenazgo en el mundo religioso y cultural de su época; y, asimismo, poner de relieve la importancia de dos tipos documentales como son el testamento y el inventario para conocer las voces de aquellas mujeres, que en otros tipos documentales, quizás, no se muestran de forma tan personal. El testamento y el inventario nos dan idea de la vida y la religiosidad de aquellas féminas, poniendo especial hincapié, en la mayoría de los casos, en las relaciones con otras mujeres, al mismo tiempo que nos indica los bienes culturales que poseían, el mecenazgo cultural que realizaban y sus inquietudes con respecto

1 Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, p. 43.

Lorena C. Barco Cebrián, Universidad de Málaga

a todo ello y su futuro. Así, mediante el análisis de la documentación original consultada y de la bibliografía científica y académica estudiada, pretendemos desarrollar la hipótesis de que las mujeres pertenecientes al estamento nobiliario tenían un poder y una voz, en ocasiones, tan importante o más que la de sus maridos o varones de su mismo estamento social.

2 La muerte a través de los testamentos y los inventarios de féminas en la Edad Media

Todavía es escasa la bibliografía que versa sobre este parecer. Sí que se han analizado para el caso de testamentos e inventarios de varones pertenecientes al estamento nobiliario;² sin embargo, la historiografía que analiza esta misma temática en el caso de mujeres es todavía exigua.³ Aunque, bien es cierto, que en los últimos

2 Véanse entre otros trabajos: F^a J. Hernández, *El testamento de Benvenist de Saporta (1268)*, en “Hispania judaica bulletin”, 5, 2007, pp. 115–151. A. Besga Marroquín, *El testamento de Alfonso I “el Batallador*, en “Historia 16”, 390, 2008, pp. 8–17. X. A. García González-Ledo, *Testamentos do mariscal Álvaro González de Ribadeneira e a súa muller María de Bolaño (século XVI)*, en “Estudios Mindonienses”, 23, 2007, pp. 845–873. A. del Campo Gutiérrez, *El libro de Testamentos de 1384–1407 del notario Vicente de Rodilla. Una introducción a los documentos medievales de últimas voluntades de Zaragoza*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2011. A. Rubio Semper, *El testamento del canónigo Juan de Oblitas*, en “Aragón en la Edad Media”, 10–11, 1993, pp. 781–792. M. C. Díaz y Díaz, *El testamento monástico de San Rosendo*, en “Historia. Instituciones. Documentos”, 16, 1989, pp. 47–102. A. Viña Brito, *El testamento de Don Pedro Girón*, en “Anuario de estudios medievales”, 19, 1989, pp. 493–506. M. Espinar Moreno y J. A. Crima Cervante, *Testamento y muerte de don Pedro de Granada*, en “Mayurqa: revista del Departament de Ciències Històriques i Teoria de les Arts”, 22, 1, 1989, pp. 239–254. M. C. Morte García, *El testamento de Juan Miguel de Orliens (1605)*, en “Archivo hispalense: Revista histórica, literaria y artística”, 83, 252, 2000, pp. 147–154.

3 Véanse M^a I. Barbeito Carneiro, *Testamento de Mariana de Neoburgo*, en “Anales del Instituto de Estudios Madrileños”, 30, 1991, pp. 293–316. E. Broida, *Actitudes religiosas de las mujeres medievales ante la muerte: (Los testamentos de Barcelonesas de los siglos XIV y XV)*, en A. Muñoz Fernández (coord.), “Las mujeres en el cristianismo medieval: imágenes teóricas y cauces de actuación religiosa”, Madrid, Almudayna, 1989, pp. 463–476. R. Sánchez Ameijeiras, *Actitudes ante la muerte en las mujeres de la nueva nobleza enriqueña: la escultura funeraria como fuente para la historia de las mentalidades*, en *ibid.*, pp. 451–461. M. Larriba Baciero, *El testamento de María de Molina*, en “Signo: revista de historia de la cultura escrita”, 2, 1995, pp. 239–326. C. Calderón, *Mujeres, ideología y cotidianeidad en la Galicia de mediados del siglo XVI. Un estudio de caso: el testamento e inventario de bienes de la condesa de Altamira, doña Anta de Toledo*, en “Revista de Historia”, 3, 1992, pp. 107–128. C. Calderón, *Testamentos, codicilos y escrituras públicas. Evolución de las formas y contenidos de la última voluntad femenina en Galicia (siglos XII–XV)*, en “Minius”,

años este déficit en la bibliografía científica se está viendo corregido por parte de grandes estudiosos que están arrojando cierta luz a cerca de este parecer tal y como se puede comprobar en la bibliografía ya apuntada. Es dentro de esta corriente historiográfica donde tenemos que situar el trabajo que aquí se presenta.

La muerte es quizás el único acontecimiento seguro para todos los seres vivos, todos sabemos que en algún momento nos va a llegar el fin. Esta concepción de la muerte no es igual para todas las sociedades, ni lo ha sido así en todas las épocas históricas.⁴ Cada sociedad, cada cultura y cada época se ha enfrentado a este sino de una forma diferente.⁵ En la Edad Media la concepción de la muerte fue cambiando, hasta que a finales del período el juicio que se tenía de ella era bastante claro, según se extrae de los testamentos y rituales de los que tenemos noticias.⁶ Efectivamente, en aquellos momentos la sociedad sabía y era consciente de que la muerte era algo natural a la que había que enfrentarse llegado el momento.⁷

15, 2007, pp. 7–32. C. Calderón, *Doña Urraca de Moscoso: de la crónica a su testamento. Perfil de una noble gallega de la segunda mitad del siglo XV*, en “La Aljaba, segunda época. Revista de Estudios de la Mujer”, 11, 2007, pp. 211–228. M. García-Fernández, *Las Sarmiento: mujeres con poder al final de la Edad Media*, en M^a I. del Val Valdivieso – C. Segura Graiño (coords.), *La participación de las mujeres en lo político. Mediación, representación y toma de decisiones*, Madrid, A. C. Almudayna, 2011. Idem, *As mulleres nos testamentos galegos da Idade Media*, tesis de licenciatura inédita, Santiago de Compostela, USC, 2012. Idem, *Doña Beatriz de Castro: una mujer con nombre propio en el siglo XV ourensano*, en Cl. E. Prieto Entrialgo (ed.), *El mundo urbano en la España cristiana y musulmana medieval*, Oviedo, Asturiensis Rengi Territorium, 2013, pp. 159–174.

⁴ V. Pons Alós, *Documento y sociedad: el testamento en la Valencia medieval*, en “Estudis castellonencs”, 6, 1994–1995, pp. 1101–1118. J. M. Andrade Cernadas, *Lo imaginario de la muerte en Galicia en los siglos IX al XI*, Sada, Edicións do Castro, 1992. A. Bejarano Rubio, *El hombre y la muerte: los testamentos murcianos bajomedievales*, Cartagena, Ayuntamiento de Cartagena, 1988. J. C. Martín Cea, *El modelo testamentario bajomedieval castellano y su reflejo en los diferentes grupos sociales*, en “Edad Media. Revista de Historia”, 6, 2003–2004, pp. 103–156. L. Vivanco, *Death in fifteenth century Castile. Ideologies of the elites*, Suffolk, Rochester, Nueva York, Tamesis, 2004.

⁵ R. Sánchez Sesa, *Modelos de muerte y mentalidad religiosa en la península ibérica. Los testamentos entre las élites castellanas de la segunda mitad del siglo XIV a la segunda del XV*, en “Ilu. Revista de ciencias de las religiones”, 5, 2000, pp. 163–178. M. Azpeitia Martín, *Historiografía de la ‘Historia de la Muerte’*, en “Studia Historica. Historia Medieval”, 26, 2008, pp. 113–132. Ph. Ariès, *La muerte en Occidente*, Barcelona, Argos-Vergara, 1982. J. Pavón Benito y A. García de la Borbolla, *Morir en la Edad Media. La muerte en la Navarra medieval*, Valencia, Universitat de València, 2007.

⁶ M. C. Carlé, *Una sociedad del siglo XV. Los castellanos en sus testamentos*, Buenos Aires, Universidad Católica de Argentina, 1993. M. C. Carlé, *La sociedad castellana del siglo XV en sus testamentos*, en “Anuario de estudios medievales”, 18, 1988, pp. 537–550. J. Coria Colino, *El testamento como fuente de estudios sobre mentalidades (s. XIII al XV)*, en “Miscelánea Medieval Murciana”, IX, 1982, pp. 193–222.

⁷ S. Royer de Cardinal, *Morir en España: Castilla Baja Edad media*, Buenos Aires, Universidad Católica de Argentina, s.f.

La Iglesia se convirtió en gran aliada de ella y obtuvo importantes beneficios en nombre de la muerte.⁸ Se estableció un contrato entre la persona que moría y la Iglesia; así, a cambio de importantes donativos, la institución eclesiástica perdonaba los males y los pecados que la persona hubiera podido cometer y, gracias a ello, el alma de la persona en cuestión se elevaba al cielo, al paraíso. De ahí que la acción de testar y su plasmación por escrito, el testamento, se convirtieran en acción inexcusable para todos aquellos que quisieran alcanzar la salvación de su alma.⁹ En este punto, el testamento se convirtió en un documento de vital importancia, por dos razones fundamentalmente. Una, porque con el pacto eclesial al que se llegaba a través de mandas piadosas, el alma del difunto era salvada. Por otro lado, gracias al testamento el difunto se aseguraba que sus bienes materiales¹⁰ irían a parar a las manos de quiénes ellos quisieran y desearan; generalmente, miembros de su propio linaje, si hablamos de la nobleza, para que el mayorazgo perdurase y no se perdiera ni se desgajara. En este sentido el caso de Leonor Pimentel y Zúñiga no se corresponde a esto último como podremos comprobar más adelante.

Como veníamos apuntando, el testamento,¹¹ por lo tanto, se convirtió en la última y postrimera voluntad – como bien dicen los documentos – de la persona que testaba, asegurándose su alma y sus bienes materiales. Pero en el caso concreto de las féminas el testamento también nos puede servir para leer y extraer más información. A través de las últimas voluntades de estas mujeres nobles, en nuestro caso, podemos apreciar el vínculo personal de estas damas del estamento nobiliario; además, alcanzamos a conocer de igual forma las relaciones personales que mantenían con sus criadas y criados, lo que nos hace ver la lealtad que se profesaban, sobre todo, entre las propias mujeres.¹²

El otro tipo documental que traemos a colación es el inventario de bienes. Lo incluimos también en este análisis porque tiene una relación muy estrecha con el testamento. En numerosas ocasiones, según el inventario de bienes así se realizaba la última voluntad. Habitualmente, se realizaba un inventario antes del fallecimiento de la persona y otro al producirse el óbito. De esta forma se podía tener relación detallada de todos los bienes materiales del difunto para así poder

8 Como se extrae del análisis de la documentación de archivo, donde queda reflejado el montante de dinero que se dejaba a la Iglesia como mandas testamentarias.

9 J. Casamitjana i Vilaseca, *El testamento en la Barcelona bajomedieval. La superación de la muerte patrimonial, social y espiritual*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2004.

10 P. Otero Piñeyro Maseda – M. García-Fernández, *Los testamentos como fuente para la historia social de la nobleza. Un ejemplo metodológico: tres mandas de los Valladres del siglo XV*, en “Cuadernos de Estudios Gallegos”, 60, 126, 2013, pp. 125–169.

11 J. M. Andrade Cernadas, *Los testamentos como reflejo de los cambios de actitud ante la muerte en la Galicia del siglo XIV*, en “Semata”, 17, 2007, pp. 65–77.

12 Como es el caso de Leonor Pimentel y Zúñiga. Sección Nobleza AHN, OSUNA, C.217, D.1–27.

repartirlo según y cómo se explicitaba en su última voluntad. Y este es precisamente el caso que nos encontramos en la figura de doña Leonor Pimentel.¹³

3 Apuntes biográficos sobre Leonor Pimentel y Zúñiga

Son diversos los testamentos que nos han llegado de doña Leonor Pimentel, varios de ellos copias y algunas copias simples. Como podemos apreciar en el siguiente cuadro, todos ellos se encuentran en la Sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional, tanto los originales como las copias y, en concreto, en el Fondo de OSUNA.

TESTAMENTO	SIGNATURA
Testamento de Leonor Pimentel, [I] duquesa de Arévalo y Plasencia, segunda mujer de Álvaro [López] de Zúñiga Guzmán, [I duque de Plasencia], incluyendo inventario de bienes que dejó y la entrega que de ellos se hizo.	Sección Nobleza AHN, OSUNA, C.217, D.82–90.
Testamento de Leonor Pimentel, segunda mujer de Álvaro de Zúñiga y declaración sobre la sucesión de su casa y mayorazgo.	Sección Nobleza AHN, OSUNA, C.217, D.1–27.
Testamento de Leonor Pimentel, duquesa de Arévalo y de Plasencia.	Sección Nobleza AHN, OSUNA, C.217, D.61–64.
Que se acabe de cumplir el testamento de doña Leonor Pimentel, duquesa de Plasencia, en lo referente a mandas piadosas.	Archivo General de Simancas, Registro del Sello de Corte, LEG, 149303,78.
Gastos ocasionados en la testamentaría de Leonor de Pimentel, duquesa de Plasencia.	Archivo General de Simancas, Registro del Sello de Corte, LEG, 149308,163.

El interés por su inventario surgió cuando accedimos al testamento de su marido, don Álvaro de Zúñiga, donde uno de los legajos estaba acompañado por un inventario de los bienes de su segunda esposa, Leonor Pimentel. En una de las copias del testamento de esta última, nos encontramos inserto otro inventario de sus bienes. Por lo que sopesamos el análisis comparado de ambos para ver el cambio que se podría haber producido entre uno y otro. Al igual que procedimos en la comparativa de sus testamentos, utilizando aquí el original y más completo de ellos.

¹³ Sección Nobleza AHN, OSUNA, C.217, D.82–90.

A pesar de la numerosa documentación original conservada sobre Leonor Pimentel, existe una escasa bibliografía sobre este personaje en concreto, aunque bien es cierto que se han realizado en los últimos años obras y artículos que tratan sobre sus linajes, tanto el de Zúñiga¹⁴ como el de Pimentel;¹⁵ pero, en cuanto al análisis de su figura, la bibliografía hasta hace escaso tiempo era prácticamente inexistente y, únicamente, la analizaban de forma tangencial o someramente.¹⁶

No sabemos con exactitud la fecha concreta del nacimiento de doña Leonor, ya que no hemos encontrado ninguna referencia concreta a la misma. Sin embargo, sí que sabemos que quedó huérfana de padre cuando todavía era una niña, y transcurridos unos años también falleció su madre; entonces, quedó a cargo de su tío y su abuelo materno. Pero lo cierto es que desde joven manejó sus propios negocios y asuntos, según comprobamos en la documentación consultada, aunque, sí es cierto, que su mayor aparición en la documentación se produce después de contraer matrimonio con su tío, don Álvaro de Zúñiga. Después del enlace matrimonial doña Leonor empezó a tejer toda una red de contactos y clientelas a su favor. Al ser la segunda mujer de su esposo, los hijos que

14 C. Heusch, *La pluma al servicio del linaje: el desarrollo de los nobiliarios en la Castilla tras-támara*, en “E-Spania: Revue électronique d’études hispaniques médiévales”, 11, 2011. E. C. de Santos Canalejo, *El Señorío de los Estúñiga en la Villa de Béjar*, en J. M. Hernández Díaz – U. Domínguez Garrido (coords.), “Historia de Béjar”, vol. 1, 2012, pp. 239–252. G. Lora Serrano, *Propiedades y rentas de la Casa de Estúñiga en La Rioja*, en “Anuario de estudios medievales”, 19, 1989, pp. 469–484. M. L. de Villalobos, *Los Estúñiga: la penetración de Castilla de un linaje de la nobleza nueva*, en “Hispania: Revista española de historia”, 35, Extra 6, 1975, pp. 327–356. M. J. Lop Otín, *Los Estúñiga, señores de Capilla: el interés de una familia noble por el aprovechamiento de los recursos de su señorío (ss. XV y XVI)*, en E. Serrano Martín – E. Sarasa Sánchez (coords.), *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica (ss. XII-XIX)*, Vol. 3, 1993, pp. 359–377.

15 B. Vasconcelos e Sousa, *Los Pimentel y la construcción de una memoria linajística*, en A. Dacosta Martínez – J. R. Prieto Lasa – J. R. Díaz de Duranda (coords.), “La conciencia de los antepasados: la construcción de la memoria de la nobleza en la Baja Edad Media”, 2014, pp. 175–200. P. Romero Portilla, *Protagonismo del partido portugués en la política castellana del siglo XV*, en “Revista da Faculdade de Letras. História”, 4, 2003, pp. 187–212.

16 Los últimos trabajos que se dedican a ella son: L. Barco Cebrián, *El poder de la dama noble en la Baja Edad Media: el caso de Leonor Pimentel y Zúñiga, I Duquesa de Plasencia*, en “Estudios medievales hispánicos”, 5, 2016, pp. 233–262. Ead., *Reflexiones sobre las dificultades de una compleja genealogía nobiliaria en las postrimerías del Medievo: el caso de Leonor Pimentel y Zúñiga*, en “Hidalguía: la revista de genealogía, nobleza y armas”, 372, 2016, pp. 341–360. A. Jiménez Moreno, *La transmisión de libros de madres a hijas entre los siglos XV y XVI: los libros de doña Leonor Pimentel en la biblioteca de su hija doña María de Zúñiga*, en E. Blanco (ed.), *Grandes y pequeños de la literatura medieval y renacentista*, Salamanca, SEMYR, 2016, pp. 333–348. Idem, *Formación, uso y dispersión de una pequeña biblioteca nobiliaria del siglo XV: los libros de doña Leonor Pimentel, condesa de Plasencia*, en N. Fernández Rodríguez – M. Fernández Ferreiro, *Literatura medieval y renacentista en España: líneas y pautas*, Salamanca, SEMYR, 2012, pp. 655–663.

podiera haber en el seno del matrimonio no tendrían derecho a ninguna parte del mayorazgo, que pasaría de forma íntegra para el primogénito de su esposo, fruto de su primer matrimonio. Sin embargo, la intención de esta mujer fue posicionarse en la política y en el panorama social privilegiado al que pertenecía a sus tres hijos: Juan, María e Isabel. Su hijo llegó a ser el último Maestre de Alcántara, arzobispo de Sevilla; a su hija Isabel la casó con el duque de Alba, convirtiéndose así en duquesa de una de las familias más influyentes del panorama político en el futuro cercano; y, por último, a su hija María la casó con un tío de esta para que quedara dentro del seno familiar, del mismo linaje, produciéndose un matrimonio endogámico tan característico de la época, al igual que en el caso de su madre Leonor. Todo ello lo consiguió la I duquesa de Plasencia teniendo una actitud muy influyente sobre su marido y en el panorama político-bélico del momento. No tenemos tiempo para analizar aquí el papel que jugó doña Leonor en la guerra de sucesión al trono castellano,¹⁷ pero sólo apuntaremos que, en un primer momento, apoyó la causa lusa, y cuando se percató de que aquello era una batalla perdida, viró su apoyo a la causa isabelina, convirtiéndose así en una aliada más de la Reina Católica, que no dudaría en beneficiarla por el apoyo prestado. Uno de los hitos más importantes de su vida fue desgajar el mayorazgo de la casa Zúñiga a favor de ella y, una vez que ella falleciera, en beneficio de sus hijos. Esto le granjeó la animadversión del primogénito de su marido el resto de su vida, entrando en pleitos con él, no solo ella sino también sus herederos después de que se produjera su fallecimiento.

A través de la documentación consultada, que es muy numerosa, hemos podido comprobar cómo fue doña Leonor en primera persona quien se encargó del mantenimiento de todas las villas que le cedió su esposo, cómo fue ella también en primera persona la que entró en negociaciones con el Duque de Alba para establecer los términos del matrimonio entre sus hijos. Asimismo, se aprecia de igual modo, cómo fue ella la que mandó construir el famoso convento de Santo Domingo de Plasencia.¹⁸ Por todo ello, y sin querer entrar más en profundidad en la vida de esta mujer, sí que podemos decir que fue una dama noble con un gran poder y una gran libertad de actuación tanto dentro de su linaje, como en las relaciones político-bélicas que por aquel momento se producían entre unas facciones nobiliarias y otras, a favor o en contra de los monarcas castellanos del momento.¹⁹

¹⁷ R. Pastor, *Mujeres y la guerra feudal: reinas, señoras y villanas. León, Galicia, Castilla (siglos XII y XIII)*, en M. Nash – S. Tavera García, *Las mujeres y las guerras: el papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*, Icaria, Barcelona, 2003, pp. 52–72.

¹⁸ Actual mirador de la ciudad.

¹⁹ Para mayor profundidad véase L. Barco Cebrián, *Mujer, poder y linaje en la Baja Edad Media. Una biografía de Leonor Pimentel*, Madrid, La Ergástula, 2014.

4 El testamento e inventario de doña Leonor Pimentel: la relación entre féminas

A través del análisis del testamento y del inventario de doña Leonor podemos ver la relación que mantuvo con otras féminas y lo que de su personalidad se nos muestra en estos tipos documentales; es decir, cuál es la voz de esta mujer a través de estos dos tipos documentales concretos. Esto lo vamos a conseguir, sobre todo, desgranando el testamento de Leonor Pimentel; por otro lado, el inventario, nos va a permitir conocer los gustos de la duquesa y su cultura. Como este último es algo menos extenso que el testamento, empezaremos por él y cerraremos el análisis de la voz de esta mujer con su última voluntad.

En el inventario²⁰ se aprecian, sobre todo, los bienes materiales de los que disponía doña Leonor Pimentel en sus diversas casas y palacio. Nos encontramos con almohadas de diversa índole, telas de seda, de tafetán, de oro; material litúrgico, como, por ejemplo, cálices, velas, cera, candelabros, lámparas de aceite, telas variadas, además de alguna que otra imagen de la Virgen María o algunos Santos, que suponemos que tendría en la capilla personal de la que dispondría en su palacio de Plasencia. A todo ello, hay que sumarle trajes, vestidos, más o menos ampulosos y más o menos lujosos; joyas, oro, plata, mantillas, y un largo etcétera. Sin embargo, sí que podemos destacar, además de un gusto notable por las joyas, las piedras finas y las sedas, una biblioteca nada desdeñable. Por lo que esto nos muestra una mujer más o menos avezada, culta para el momento histórico en el que nos situamos y, sobre todo, religiosa, con una profunda fe, que se muestra tanto en su testamento como en su inventario. Por ejemplo, de los libros que nos encontramos en su inventario destacan: libros en latín y en romance, donde podríamos subrayar los siguientes: Lamentaciones de Jeremías; un libro de las tinieblas; un libro grande de rezar vísperas; dos libros de la conversión de San Pablo; otro de soliloquios; libros de canto de órganos; libro de Sermones de Santa Catalina; tres libros de capilla; un libro de los milagros en letra portuguesa; un libro sobre los Sabios; otro sobre la fe de un alfaquí; otro sobre la historia del apóstol San Andrés; otro sobre la pasión con letras historiadas; un libro de horas; se habla también de un libro de formato pequeño que sería el confesionario de doña Leonor, es decir, a modo de diario. Lo que ya nos indica que sabía escribir y, que además, dejaba constancia de ello. Otro sobre los proverbios de Séneca y otro sobre la pasión y la resurrección.

²⁰ Sección Nobleza, AHN, OSUNA, C. 218, D. 16.

En la documentación se especifica muy bien el tipo de soporte escriturario, si es pergamino de qué tipo; además, se describe muy bien la encuadernación, encontrándonos con libros de varios formatos, grandes, pequeños, algunos se indican incluso de cuántos cuadernos estaban compuestos. Si están encuadernados en cuero, en terciopelo negro, rojo, morado, si tienen letras iluminadas, qué tipo de letra contiene, etc., es decir, que el análisis exhaustivo de todo ello nos daría gran conocimiento de los materiales de escritura que tenía esta mujer y de los gustos por la lectura que poseía, sobre todo, por todo lo que tuviera que ver con la Iglesia y la fe cristiana. Llamativo son varios libros de alfaquies de judíos de Segovia, como bien se indica en el inventario.²¹

Por lo tanto, el inventario es una buena exposición de los gustos de esta dama noble, que además nos muestra una voz culta en el panorama de la época. Pues si tenía libros en latín, hemos de suponer que también poseería nociones, aunque fueran básicas, sobre esta lengua.

Si pasamos al testamento²² de Leonor Pimentel, podemos apreciar una vez más la importancia que tenía la Iglesia en su vida, sobre todo, por las mandas que deja a favor de ella. Y, por otro lado, también vemos la relación que mantenía con las mujeres que le rodeaban, ya que en el testamento se hace referencia, sobre todo, a la relación con féminas. La mayoría de ellas sus criadas y sirvientas a las que favorece de una forma bastante considerable. El testamento lo da doña Leonor en una de sus habitaciones del Palacio que tenía en Plasencia, lo da desde la cama al encontrarse enferma, tal y como se indica en la propia escritura. En cuanto a su sepultura, como había mandado construir el convento de San Vicente y todavía no se habían finalizado las obras, hace mandar que se entierre en la capilla mayor, frente al altar, de la catedral de Plasencia, hasta que el convento se acabase. En ese momento sus restos serían trasladados al mencionado convento y se le realizaría un busto de alabastro. Y cuando falleciera su esposo sería enterrado junto a ella en el mismo convento. Se dan numerosas mandas de misas tanto para su ánima como para el alma de sus padres y antecesores, durante un año. Además, de treintanarios, según la costumbre, tal y como dice la documentación. Asimismo, de otros aniversarios en diferentes iglesias y fechas. A todo ello se suma que se dé de comer a todos los pobres que se presentasen durante las exequias, y que se dé vestidos para cien pobres, en concreto, da a cada uno diez varas de paño pardo o blanqueta y, zapatos. Además, se dan cuantiosos montantes de dinero a diversas iglesias y ermitas, por ejemplo: cuatro mil maravedíes a

²¹ Todo ello será objeto de un trabajo futuro sobre el estudio codicológico de la biblioteca de esta dama noble, por lo que en este caso no entraremos en mayores disquisiciones.

²² Sección Nobleza, AHN, OSUNA, C.217, D.1-27.

las iglesias parroquiales de Plasencia y Béjar; un florín de oro para la fábrica y reparo de todas ellas y de los monasterios de San Vicente, San Francisco, Santa Clara, San Alfonso de Plasencia, y el de San Francisco de Béjar; a todas las ermitas de Plasencia y de Béjar, un real para aceite para que se alumbren; mil maravedíes para reparo para la casa de Beatas de la Magdalena; cinco mil maravedíes a las iglesias parroquiales y ermitas de las villas de Burquillos y Capilla. De las que ella era señora. Ya que son las que desgaja del mayorazgo de la Casa Zúñiga a su favor. Le da vestimenta a las imágenes de varias iglesias, como la de Santa Catalina de Baños, u ocho mil maravedíes para la custodia del monasterio de Santa María del Carmen de Gibrleón.

Por último, pero no por ello menos importante, queremos analizar la fidelidad que tenía para con sus criadas, ello se puede apreciar en las mandas que les dejó según su última voluntad: a Beatriz Brava, su criada, le deja 150.000 maravedíes; a doña Isabel de Ayala, otros 150.000 maravedíes; a Elena Ternero, 100.000; a María de Loarte, 100.000; a María de Paredes, 50.000; a doña Blanca, mujer de Diego de Monroy, que se le cumpla y pague su casamiento; a Beatriz Brava, que se le cumpla su casamiento, 200.000 maravedíes; a doña Isabel de Luján, 200.000 maravedíes; a Catalina, hija de Pero Álvarez, como quería ser monja, pues le paga la entrada en religión; a Serra, 30.000 maravedíes para su casamiento; a Leonor, hija de Amo García de Córdoba, 40.000 maravedíes para su casamiento; a Juana de Mesa, lo que fuera menester para que se fuera a su tierra; a Luisa, hija de Diego Martínez Sastre, 20.000 maravedíes para su casamiento; a Juana de Trasmonte lo que fuera menester para que entre en religión; a Catalina de Gibrleón, 10.000 maravedíes por si quisiera irse a su tierra; a Juana Guidiel, 50.000 maravedíes; al ama de la despensa lo que sea necesario si se quiere ir a su tierra, 20.000 maravedíes; a Francisca, hija de Alonso Sopas, 20.000 maravedíes para su casamiento; a María de la Peña y a Catalina de Sevilla, que eran esclavas, las da por libres y que se les de escritura de libertad; a Isabelica, también esclava, que se le dé por libre y se le dé escritura, además de darle la dote matrimonial que fuera necesaria para su casamiento (50.000 maravedíes); al resto de esclavas, que tenía más, las reparte entre sus hijas y esposo.

Se puede apreciar con todo ello la afinidad o amistad que pudiera tener la I Duquesa de Plasencia con su servicio. Resaltar los elevados montantes de dinero que entrega a sus sirvientas como dotes matrimoniales y, personalmente, llamar la atención sobre la liberación de las tres esclavas, con las que seguramente tendría una relación más estrecha que con el resto que reparte entre sus hijas sin darle la libertad que le da a María, Catalina e Isabelica. Llamativo es esta última, a la que le libera una cuantía bastante importante como dote matrimonial.

5 Conclusiones

Con todo ello, queríamos mostrar cómo el testamento y el inventario de bienes de una mujer de finales de la Edad Media, nos puede mostrar, quizás, la voz que tuvo en su época. Dándonos a conocer los sentimientos de lealtad y fraternidad que le unía no sólo con su familia de sangre, sino también con sus criadas y esclavas, mostrándonos quizás una conciencia de género, como apuntaba Cristina de Pizán,²³ es decir, una solidaridad entre mujeres. Además, por supuesto, de darnos a conocer los bienes materiales de los que disponía, cómo los legaba a sus herederos y, sobre todo, los gustos que poseía. En este caso, sorprende una biblioteca bastante extensa y sustanciosa a la que poder estudiar en mayor profundidad para darnos a conocer los gustos de la época y los formatos librescos de los que disponía una dama noble.

23 C. de Pizan, *La ciudad de las damas*, ed. M. J. Lemarchand, Madrid, Ed. Siruela, 2013.